

volvía por los Tres-Pantanos, y una vez de vuelta, se volvía á levantar, presa de vivo deseo de salir, como si se la hubiera olvidado ir precisamente allí donde debía de ir, donde tenía gana de pasearse.

Y todos los días volvía á empezar esto, sin que comprendiese la razón de esta vaga necesidad. Pero una tarde ocurriósela inconscientemente una frase que la reveló el secreto de sus inquietudes. Al sentarse para comer, se dijo á sí misma:

—¡Oh! ¡Cuántas ganas tengo de ver el mar!

Sí: lo que tanto echaba de menos era el mar, su vecino hacía veinticinco años; el mar, con su aire salado, sus cóleras, su voz gruñona, sus hábitos poderosos; el mar, que veía todas las mañanas desde su ventana del castillo, que respiraba día y noche, que sentía cerca de ella, y al que, sin darse cuenta de ello, amaba como se ama á una persona.

También *Matanza* vivía en extrema agitación. Desde la tarde de su llegada habíase instalado al pie del aparador de la cocina, y no era posible desalojarle de allí. Allí permanecía todo el día, casi inmóvil, sin hacer más movimiento

que volverse de tarde en tarde, exhalando un sordo gruñido.

Pero en cuanto llegaba la noche se levantaba; tropezando con las paredes, se arrastraba hacia la puerta. Luego, cuando había pasado fuera los pocos minutos que necesitaba, volvía, se sentaba otra vez ante el hogar, todavía caliente, y allí se estaba aullando en cuanto sus amas iban á acostarse.

Toda la noche se la pasaba así, y sus aullidos eran como voces lastimeras y quejumbrosas; interrumpía á veces cosa de una hora, y después tornaba á aullar en tono más desgarrador aún. Le ataron á un barril delante de la casa, y aulló bajo las ventanas. Como estaba débil y le faltaba poco para morir, le volvieron á dejar en la cocina.

Juana no podía dormir oyendo gruñir y arrañar las puertas al viejo animal, que al parecer se hallaba á disgusto en aquella casa que comprendía no era suya. Nada bastaba á tranquilizarle. Adormilado durante el día, como si sus ojos apagados, la conciencia de su debilidad le hubiesen impedido moverse cuando todos los seres viven y se agitan, poníase á rondar sin descan-

so en cuanto entraba la noche, como si no ocase vivir y moverse sino en las tinieblas, que á todos nos dejan ciegos.

Una mañana le encontraron muerto, y fué un gran alivio para todos.

El invierno llegaba, y Juana sintióse invadida por invencible desesperación. No era uno de esos dolores agudos que parecen torcer el alma, sino una tristeza lúgubre y sombría.

Ninguna distracción la despertaba; nadie se ocupaba de ella. La carretera que delante de su casa se extendía á derecha é izquierda, estaba desierta casi siempre. De cuando en cuando pasaba al trote un tílbury, guiado por un hombre de colorado rostro, cuya blusa, ahuecada por el viento, formaba una especie de globo azul; á veces era una pesada carreta, ó bien veíanse á lo lejos dos aldeanos, hombre y mujer, pequeñísimos, en el horizonte, que crecían luego, y después que pasaban la casa volvían á disminuir, haciéndose como dos insectos allá abajo, al extremo de la línea blanca que se alargaba hasta perderse de vista, subiendo y bajando, según las ondulaciones del terreno.

Cuando volvió á crecer la hierba, una joven

en zagalejo pasaba todas las mañanas por delante de la empalizada, cuidando de dos vacas flacuchas que rumiaban á lo largo del camino; y á la tarde volvía, con el mismo aspecto de somnolencia, dando un paso cada diez minutos, detrás de los animales.

Todas las noches soñaba Juana que vivía aún en el castillo. Allí se encontraba, como antiguamente, con papá, mamá, y á veces tía Lison. Rehacía cosas olvidadas y que ya habían concluido. Veíase sosteniendo á la baronesa, que daba su paseo acostumbrado. Y todos los días lloraba al despertarse.

Constantemente pensaba en Pablo, preguntándose:—«¿Qué hace? ¿Cómo está ahora? ¿Pienso en mí algunas veces?»—Y paseándose lentamente por los escuetos caminos abiertos entre las granjas, daba vueltas en su cabeza á todas estas ideas que la atormentaban; pero lo que sobre todo la hacía sufrir, eran los celos implacables que sentía hacia aquella desconocida que le había robado su hijo. Sólo este odio la contenía, impidiéndola obrar, ir á buscarle, meterse en su casa. Parecía estar viendo á su querida de pie, en la puerta, y preguntando:—«¿Qué

buscáis aquí, señora?» — Su orgullo de madre se rebelaba ante la posibilidad de esta entrevista; su altivez orgullosa de mujer siempre pura, immaculada, sin desfallecimientos, la exasperaba más y más contra todas las cobardías del hombre manchado por las sucias prácticas del amor carnal, que hace cobardes á los mismos corazones. La humanidad la parecía inmunda cuando pensaba en todos los sucios secretos de los sentidos, en las caricias que envilecen, en todos los misterios adivinados de los apareamientos indisolubles.

Transcurrieron la primavera y el verano. Pero cuando volvió el otoño con sus lluvias pertinaces, el cielo gris, las noches sombrías, invadióla tal cansancio de vivir, que se resolvió á intentar un gran esfuerzo para reconquistar á su Pollito, cuya pasión debía haberse gastado ya.

Y le escribió una carta, como preparación:

«Mi querido hijo: Voy á rogarte que vengas á mi lado. Piensa que estoy vieja y enferma, y sola todo el año con una criada. Ahora vivo en un casita, en la carretera. Esto es muy triste; pero si tú estuvieras conmigo, todo cambiaría

para mí. No tengo á nadie más que á ti en el mundo, y no te he visto hace siete años. Nunca podrás saber lo desgraciada que he sido, y lo mucho que mi corazón hubiera descansado en ti. ¡Eras mi vida, mi sueño, mi única esperanza, mi único amor, y me faltas y me has abandonado!

»¡Oh! Vuelve, Pollito mío, vuelve á abrazarme, vuelve al lado de tu anciana madre, que te tiende con desesperación sus brazos.

»JUANA.»

Algunos días después recibió la contestación:

«Mi querida mamá: No desearía otra cosa que verte, pero no tengo un cuarto. Envíame algún dinero, é iré. Ya pensaba ir para hablarte de un proyecto que me permitiría hacer lo que me pides.

»El desinterés y el afecto de la que ha sido mi compañera en estos malos días que atravieso, no tienen límites. No es posible que por más tiempo deje de reconocer públicamente su amor y los sacrificios que la debo. Además, tiene muy buenas maneras, que ya podrás apre-

ciar. Es muy instruída, y lee mucho. En fin, no puedes formarte idea de todo lo que ha hecho por mí. No sería hombre si no la atestiguase mi reconocimiento. Voy, pues, á pedirte tu consentimiento para casarme con ella. Me perdonarías mi escapatorias y viviríamos todos juntos en tu nueva casa.

»Si la conocieras, me darías en el acto tu permiso. Te aseguro que es perfecta y distinguidísima. Tengo la seguridad de que llegarás á amarla. En cuanto á mí, no podría vivir sin ella.

»Espero impaciente tu respuesta, mi querida mamá, y esperándola, te abrazamos de corazón.

»Tu hijo

»VIZCONDE PABLO DE LAMARE.»

Juana quedó aterrada, inmóvil, con la carta en el regazo, adivinando la astucia de aquella mujer que constantemente había retenido á su hijo, sin dejarle venir una sola vez, esperando su hora, la hora en que la anciana madre, desesperada, no pudiendo resistir al deseo de abrazar á su hijo, cedería y lo otorgaría todo.

Y el dolor por esta tenaz preferencia de Pa-

blo hacia aquella mujer la destrozaba el corazón.—«No me quiere—decía—no me quiere.»

Entró Rosalía: Juana balbuceó:

—Ahora quiere casarse con ella.

La criada se sobresaltó.

—¡Oh, señora! Vos no permitiréis eso. Seguramente M. Pablo no puede recoger á esa perdida.

Y Juana, abrumada, pero indignada, murmuró:

—Eso jamás, hija mía. Y puesto que no quiere venir, iré yo á buscarle, y veremos quién puede más.

Y se puso á escribir á Pablo, anunciándole su llegada, y con objeto de verle en otra parte que en el cuarto en que vivía aquella tunanta.

Mientras esperaba la contestación, hizo sus preparativos. Rosalía empezó á amontonar en una vieja maleta la ropa blanca y los efectos de su señora. Pero al tiempo de doblar una falda, una antigua falda de campo, exclamó:

—¡Si no tenéis nada que ponerós! No puedo permitir que vayáis así; seríais la irrisión de todo el mundo, y las señoras de París os tomarían por una criada.

Juana la dejó hacer, y las dos mujeres se tras-

ladaron juntas á Goderville para escoger una tela á cuadros verdes, que entregaron á la costurera del barrio. Fueron luego á casa del notario Maese Roussel, que anualmente hacía un viaje de quince días á la capital, para que éste les diera informes. Hacía ya veintiocho años que Juana no veía á París.

El Notario hizo muchas recomendaciones sobre el modo de precaverse contra los carruajes, procedimientos para no ser robado, diciendo á Juana que se cosiera el dinero en los dobleces de la ropa y no llevase en el bolsillo más que lo indispensable; habló largamente de los *restaurants* de precios moderados, entre los cuales designó dos ó tres que eran más frecuentados por las señoras, é indicó el Hotel de Normandía, donde él mismo se hospedaba, cerca de la estación del ferrocarril. Podían decir que iban de parte suya.

Hacía seis años que entre París y el Havre funcionaban esos ferrocarriles de que en todas partes se hablaba. Pero Juana, entregada á sus penas, no había visto aún esos coches de vapor que traían revuelta á toda la comarca.

Sin embargo, Pablo no contestaba.

Su madre esperó ocho, quince días, yendo todas las tardes á la carretera para salir al paso al cartero, á quien preguntaba temblando:

—¿No traéis nada para mí, tío Malandain?

Y el buen hombre la respondía invariablemente, con su voz enronquecida por la intemperie:

—Hoy tampoco hay nada, señora.

Seguramente aquella mujer evitaba que Pablo escribiera.

En vista de esto, resolvió Juana marcharse en seguida. Quería llevar consigo á Rosalía, pero ésta se negó á seguirla para no aumentar los gastos del viaje. Además, no consintió que su ama llevase más de trescientos francos.

—Si necesitáis más—la dijo—me lo escribís, y yo me entenderé con el señor Notario para que os lo envíe. Si os doy más, M. Pablo os lo quitará.

Y una mañana de Diciembre subieron las dos al carro de Dionisio Lecoq, que fué á buscarlas para conducir las á la estación, hasta donde Rosalía acompañaba á su señora.

Informáronse primero acerca del precio de los billetes, y cuando todo estuvo en regla y la

maleta facturada, esperaron ante aquellas líneas de hierro, tratando de comprender cómo manobraría aquello; tan preocupadas estaban con este enigma, que apenas pensaban en los tristes motivos del viaje.

Por fin, un silbido lejano las hizo volver la cabeza, y vieron una máquina negra que andaba. Llegó con horrible estrépito, pasó por delante de ellas, arrastrando una larga cadena de casetas corredizas, y al ver que un empleado abría una portezuela, Juana abrazó á Rosalía llorando, y subió á uno de aquellos cajones.

Rosalía, conmovida, gritaba:

—Hasta la vista, señora; buen viaje; venid pronto.

—Hasta la vista, hija mía.

Sonó un silbido más, y todo aquel rosario de coches se puso á rodar poco á poco primero, luego más de prisa, y después con espantosa rapidez.

En el compartimiento en que iba Juana dormían dos caballeros, acurrados en dos rincones. La pobre mujer veía cómo pasaban los campos, los árboles, las granjas, las aldeas; asustada por aquella velocidad, sintiéndose arrebatada

en una nueva vida, arrastrada hacia un mundo nuevo, que no era el suyo, el de su tranquila juventud y su monótona existencia.

Caía la tarde cuando el tren llegó á París. Un mozo cogió la maleta de Juana, y ésta le siguió aturdida, atropellada, no sabiendo cómo pasar entre la multitud, casi corriendo detrás de aquel hombre, temiendo siempre perderle de vista.

Cuando estuvo en las oficinas del hotel, se apresuró á decir:

—Vengo aquí recomendada por M. Roussel.

La dueña, una gruesa señora muy seria, sentada ante su escritorio, preguntó:

—¿Qué M. Roussel?

Juana, cortada, contestó:

—Pues... el notario de Goderville, que se hospeda aquí todos los años.

La gruesa señora añadió:

—Puede ser. No le conozco. ¿Queréis un cuarto?

—Sí, señora.

Un chico, cogiendo su maleta, subió la escalera delante de ella.

Juana sentía oprimido su corazón. Sentóse delante de una mesita y pidió que la sirvieran

un caldo con un alón de pollo. Desde el amanecer no había tomado nada.

Comió tristemente á la luz de una bujía, pensando en mil cosas, recordando su paso por aquella misma ciudad, de vuelta de su viaje de novios, cuando se denunciaron los primeros signos del carácter de Julián. Pero entonces era joven, animosa, confiada; ahora se sentía vieja, tímida, débil, confundida ante la más ligera contrariedad. Una vez terminada su comida, se puso á la ventana y miró á la calle, que estaba llena de gente. Tenía ganas de salir, pero no se atrevía á hacerlo. Creyó que se perdería; se acostó, y apagó la luz.

Pero el ruido, aquella sensación de una ciudad desconocida, y el trastorno del viaje, la tenían desvelada. Pasaban las horas. Los rumores del exterior se aplacaban poco á poco, sin que Juana pudiera dormir, enervada por ese semi-reposo de los grandes pueblos. Estaba acostumbrada al sueño profundo y tranquilo de los campos, que todo lo entorpece, los hombres, los animales y las plantas, y ahora sentía en torno suyo toda una misteriosa agitación. Voces apenas perceptibles llegaban hasta

ella, como si se hubiesen deslizado por las paredes del hotel. De cuando en cuando crujía un suelo, cerrábase una puerta, sonaba una campanilla.

A eso de las dos de la mañana, cuando empezaba á adormecerse, una mujer exhaló gritos en una habitación inmediata; Juana se sentó rápidamente en el lecho; luego creyó oír una risa de hombre.

Conforme se acercaba el día, invadía la imagen de Pablo, y se vistió apenas rayó el alba.

Pablo vivía en la calle de Sauvage; obedeciendo las recomendaciones de economía que la hiciera Rosalía, quiso ir á pie. Hacía buen tiempo: el aire frío picaba la carne, las gentes corrían por las calles. Juana andaba también aceleradamente, siguiendo una calle que la habían indicado, al extremo de la cual debía de volver á la derecha primero, luego á la izquierda; llegada á una plaza, allí la darían razón. No encontró la plaza, y pidió noticias de ella á un panadero, que la dió otras señas. Volvió á andar, se perdió, vagó, siguió otros consejos, y se perdió del todo.

Casi al azar andaba ahora; ya se decidía á

tomar un coche cuando vió el Sena, y siguió los muelles.

Al cabo de una hora, próximamente, entraba en la calle de Sauvage, una especie de callejón oscuro. Detúvose delante de una puerta, tan conmovida, que no podía dar un paso.

Allí, en aquella casa, estaba Pollito; sentía que la temblaban las rodillas y las manos; por fin entró, siguió un corredor, vió la portería, y alargando una moneda de plata, preguntó:

—¿Podrías subir á decir á M. Pablo de Lamare que una señora anciana, amiga de su madre, le espera aquí?

El portero contestó:

—Ya no vive en la casa, señora.

Sintió un escalofrío, y balbuceó:

—¡Ah!... ¿Y dónde... dónde vive ahora?

—No sé.

Sintióse aturdida, como si se fuera á caer, y permaneció algún tiempo sin poder hablar. Por fin hizo un esfuerzo violento, recobró su razón y murmuró:

—¿Desde cuándo se marchó?

El buen hombre la dió cuantas noticias quiso.

—Hace unos quince días salieron como si tal

cosa, una noche, y no han vuelto. En el barrio debían á todo el mundo; así se explica que no hayan dejado sus señas.

Como si hubiesen disparado muchos tiros delante de sus ojos, Juana veía fogonazos, grandes llamaradas. Pero una idea fija la sostenía, haciéndola permanecer de pie, tranquila en la apariencia y prudente. Quería saber para encontrar á Pollito.

—¿De modo que no ha dicho nada al marcharse?

—¡Oh! nada, nada; se escaparon porque no tenían dinero.

—Pero alguien vendrá á buscar su correspondencia.

—No se la daría yo. Pero apenas reciben diez cartas al año. Sin embargo, dos días antes que se fueran les subí una.

Su carta, sin duda. Precipitadamente dijo:

—Oid, soy su madre, y he venido á buscarle. Tomad diez francos para vos. Si tenéis alguna noticia de él, llevádmela al hotel de Normandía, calle del Havre, y os la pagaré bien.

—Contad conmigo, señora, dijo el portero.



Y Juana se alejó.

Echó á andar sin cuidarse de adónde iba. Andaba de prisa, como si fuera á hacer algo que urgiese; deslizábase á lo largo de los muros, chocando con la gente que llevaba algún paquete; atravesaba las calles sin ver venir los coches, insultada por los cocheros; tropezaba en las aceras, en las cuales no se fijaba; corría hacia adelante, trastornada.

Encontróse de pronto en un jardín, y se sintió tan fatigada, que se sentó en un banco. Allí debió pasar mucho tiempo, llorando sin notar que lloraba, porque la gente que pasaba deteníase á mirarla. Al fin sintió frío, y se levantó para marcharse; pero estaba tan agobiada y débil, que apenas podía andar.

Quería entrar á tomar un caldo en un restaurant, pero no se atrevía, por una especie de vergüenza, de miedo, de pudor por su pena, que quería ocultar á la gente. Deteníase un segundo ante la puerta, miraba al interior, veía la gente sentada á la mesa y comiendo, y huía intimidada, diciéndose: «Entraré en el otro;» y no entraba tampoco en el siguiente. Acabó por comprar en casa de un panadero un panecillo en

forma de media luna, y se puso á comerle andando. Tenía mucha sed, pero no sabía dónde ir á beber, y se pasó sin agua. Franqueó una bóveda, y se halló en otro jardín. Reconoció el Palais Royal.

Como el sol y la marcha la habían dado algún calor, sentóse de nuevo una hora ó dos.

Entraba la gente: gente elegante que hablaba, sonreía, saludaba; gente dichosa, en que las mujeres son guapas, los hombres ricos, y que no vive más que para las galas y la alegría.

Aturdida al verse en medio de aquel hormiguero brillante, Juana se levantó para huir; pero detúvola el pensar que allí podría ver á Pablo, y se puso á andar á un lado y otro espiondo los rostros, yendo y viniendo sin cesar de un extremo á otro del jardín.

Algunos se volvían para mirarla; otras se reían y la señalaban. Lo advirtió, y echó á correr, creyendo, sin duda, que la gente se reía de su aire y de su vestido á cuadros verdes, escogido por Rosalía y hecho según las indicaciones que dió la costurera de Goderville. No se atrevía ni á preguntar las señas del hotel. Se atrevió por fin, y llegó á él.

Sentada en una silla pasó el resto del día, al pie de la cama, que no tocó siquiera. Luego comió, como la víspera, una sopa y un poco de carne. Después se acostó, realizando todos estos actos maquinalmente y por hábito.

Al día siguiente se dirigió á la prefectura de policía para que buscasen á su hijo; nada pudieron asegurarla, pero la ofrecieron ocuparse en el asunto.

Entonces erró por las calles, siempre esperando tropezársele. Y en medio de aquella multitud que se agitaba, sentíase más sola, más perdida, más abandonada que en la inmensidad del campo.

Cuando volvió al hotel por la noche, dijeronla que un hombre había preguntado por ella de parte de M. Pablo, y que al día siguiente volvería. Dióla un vuelco el corazón, y no durmió en toda la noche. ¡Si fuese él!... Sí, él debía ser, por más que las señas que la dieron no eran las suyas.

A eso de las nueve de la mañana oyó que llamaban á su puerta, y dijo: «¡Adelante!» dispuesta á levantarse con los brazos abiertos. Se presentó un desconocido. Y mientras se excu-

saba de haberla molestado y explicaba lo que quería—una deuda de Pablo que venía á reclamar—lloraba ella sin querer dejar ver su llanto, secándose las lágrimas con las puntas de los dedos, conforme se deslizaban por los extremos de sus ojos. Aquel hombre había sabido su llegada por la portera de la calle de Sauvage, y como no podía encontrar al joven, se dirigía á la madre. Y le alargaba un papel, que ella cogió sin pensar en nada. Leyó una cifra, 90 francos; sacó el dinero, y pagó.

Aquel día no salió.

Al siguiente se presentaron otros acreedores. Dió todo cuanto la quedaba, reservándose sólo unos veinte francos, y escribió á Rosalía diciéndola cuál era su situación.

Pasaba todos los días andando á la ventura, esperando la respuesta de su criada, sin saber qué hacer, ni en qué emplear las lúgubres horas, las horas interminables, no teniendo nadie á quien decir una palabra cariñosa, nadie que conociese su desgracia. Caminaba al azar, agitada ahora por una necesidad de partir, de volver allá abajo, á su casita á orillas de la solitaria carretera.

No podía vivir allí unos días antes, por lo mucho que la agobiaba la tristeza, y ahora comprendía que ya no podía vivir sino allí, donde sus sombrías costumbres se habían arraigado.

Por fin, una tarde, al volver al hotel, se encontró con una carta y doscientos francos. Rosalía decía:

«Señora Juana, volved en seguida, porque ya no os enviaré dinero. En cuanto á M. Pablo, yo iré á buscarle cuando sepamos de él.

»Os saludo. Vuestra servidora

»ROSALÍA.»

Y Juana regresó á Batteville una mañana en que nevaba y hacía mucho frío.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
XIV BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO" — 232  
Apto. 1655 NORHOLMEY, MEXICO

En adelante no salió, no se movió. Levantábase todos los días á la misma hora, miraba el tiempo que hacía, y bajaba á la sala á sentarse delante del fuego.

Allí se pasaba los días enteros, fijos los ojos en la llama, dejando vagar á la ventura sus lamentables pensamientos y siguiendo el triste desfile de sus desgracias. Las tinieblas invadían poco á poco la habitación, sin ella que hubiera hecho otro movimiento que echar leña al hogar. Entonces la criada traía una lámpara, y decía:

—Vamos, señora Juana, tenéis que moveros, ó no tendréis apetito esta noche.